

CERTEZAS

Juan Carlos Fernández
www.juancfernandezescritor.es

Vivimos tiempos en los que, muy a nuestro pesar, prima la incertidumbre. Fíjense que nos habíamos acostumbrado a disfrutar del estupendo invento del estado del bienestar, y vemos que es algo frágil y costoso; que una crisis económica del calado de la que hemos padecido ataca directamente a su línea de flotación (lo que no impide que sigamos pensando en el gratis total en demasiadas ocasiones).

Creíamos que en España fuimos ejemplo de civismo y madurez porque conseguimos transitar de un régimen dictatorial a otro plenamente democrático, algo que, vistos nuestros antecedentes, sorprendió dentro y fuera de nuestros límites y tomó la categoría de hazaña histórica. Pues resulta que, desde hace tiempo, algunos se empeñan en que nuestra Transición no fue sino la claudicación de unos frente al triunfo ilegítimo de otros.

Estábamos convencidos de que en Occidente vivíamos bajo un paraguas protector que nos alejaba de agresiones y de la posibilidad de guerras como las que desangraron el siglo XX; y nos damos de bruces con otra guerra crudelísima en forma de terrorismo, que conmueve nuestros cimientos...

En este ambiente de incertidumbres, que podríamos seguir describiendo con un buen puñado de ejemplos hasta aburrirnos e incluso hasta vomitar, es difícil mantener el tipo: no es infrecuente caer en el desánimo y, los más débiles de espíritu o los más resentidos, en el nihilismo.

Por eso resulta reconfortante encontrar a gentes que envuelven su vida con certezas que trascienden las deplorables coyunturas. Personas cuyas convicciones han resistido durante siglos a pesar de los pesares y, adaptadas en sus aspectos más superficiales a los tiempos que corren, mantienen intacto un sustrato de esperanza.

Gentes como las que honran a la Virgen de Belén. Cristianos que creen y caminan con confianza por este valle de lágrimas. Sus certezas tienen que ver con su fe, que no es sino el anhelo de una trascendencia que supera todas las miserias humanas. Por eso pueden soportar mejor las incertidumbres de aquí.

Desde luego, no faltarán quienes sigan afirmando, con ranciedad, que la religión es el opio del pueblo. Estos no es que no crean, algo que es absolutamente respetable, sino que señalan al creyente como enemigo. Pero tengo para mí que el opio de la peor especie es la consigna impuesta con mano de hierro; la promesa de un nirvana terrenal en el que todo se agota y al que hay que llegar incluso recurriendo al exterminio de quienes estorban; la privación de la libertad en nombre de verdades inmisericordes...

El catálogo de despropósitos es voluminoso. Me quedo con la sencillez de quienes profesan su fe sin molestar a nadie; con aquellos que atesoran su esperanza y hacen de ella su mayor certeza. Seguro que, aun sin pretenderlo, hacen mejor este mundo. Y, desde luego, lo hacen silentes y sin obligar a nadie.